

De consumidores a ciudadanos
Un comercio diferente para un modelo diferente
Ing. Agr. Nicolás Seba¹ y Lic. Elena Baliña²

¹Facultad de Ciencias Agrarias – UNLZ y Calisa – FAUBA. ²Ministerio de Trabajo
<nicolas_seba@yahoo.com.ar>

“Siempre le resulta difícil al productor competir en la distribución y en la venta de sus propios productos, parece que indefectiblemente tiene que pensar en términos de supermercado, y no es así, hay otros sectores, y para ellos es fundamental hacer otras cosas que orienten hacia la creación de otro poder”

Michel Guilbard (Movimiento Agrario Misionero)

Ya es tiempo de hablar de política en la mesa. Sacudirnos los prejuicios y la inmovilidad. Porque pensar qué alimentos consumimos, o que productos compramos, es a la vez pensar qué modelo productivo queremos, y porque no, que modelo de país queremos. Quiénes queremos ser y qué papel vamos a jugar en nuestra historia. Vivimos en la era del consumismo salvaje, donde la competencia marca el paso. La nuestra es la sociedad del *use y tire*, la del dios mercado; los alimentos, una pieza más de este tablero. Porque, hoy en día está claro, los alimentos son una mercancía, y nuestra necesidad de alimentarnos se traduce en oportunidades de negocios para grandes empresarios. Las fichas se ordenan de acuerdo al dedo motor de los grandes capitales, de modo tal que, por ejemplo, son sólo 6 las cadenas de supermercados que manejan el 90 % de las ventas de alimentos en el país.

Muchas son las voces que alertan sobre las consecuencias nefastas del modelo hegemónico actual, en el que la soja ocupa el 60 % del territorio cultivable del país, y se exporta casi totalmente para alimentar vacas y cerdos chinos o europeos. Este modelo, dominado por capitales financieros internacionales se traduce en la concentración de la producción en pocas manos y en dependencia económica y tecnológica de corporaciones multinacionales. El mismo sistema termina expulsando a los pequeños productores que migran hacia los centros urbanos con la esperanza de conseguir trabajo, y así se pierden las producciones regionales, desaparecen los mercados locales y se reduce de manera importante la biodiversidad que estos agricultores conservan.

Es necesario además que notemos que no es el hombre el único afectado por esta situación. Es tiempo de escuchar a la tierra. Porque aunque a veces parezca que no, hombres y mujeres de las ciudades, somos también parte de ella. El ambiente padece las consecuencias de este modelo, la contaminación por el uso descontrolado de agrotóxicos, que enferman los suelos, los animales y hasta pueblos enteros, representa una injusticia intolerable. Eso se suma al abuso de combustibles fósiles, esos que se usan por ejemplo, para el viaje de miles de kilómetros que hacen muchos alimentos antes de llegar a nuestra mesa, o para mover la inmensa maquinaria que ha convertido a nuestros campos en mega explotaciones a cielo abierto.

¿Quién dijo que todo está perdido?

Pero no todo es oscuro en este panorama. Al contrario, este momento histórico nos presenta el enorme desafío y la invaluable oportunidad de ser partícipes de un cambio. Porque nosotros no somos sólo fichas de este ajedrez; tenemos en nuestras manos la libertad de elegir, la que nunca nadie podrá sacarnos. ¿Y qué podemos hacer con esta libertad? Pequeñas y grandes cosas. Como elegir qué compramos y qué dejamos de comprar. Interesarnos e informarnos acerca de cómo se producen los alimentos, y todo lo que consumimos. Establecer un vínculo con aquel productor, con el emprendedor, con el artesano o el trabajador. Ser protagonistas y responsables de nuestros actos y no sólo consumidores hipnotizados.

Nuestros pequeños-grandes actos, son contagiosos. Y de ese modo, tenemos en nuestras manos el enorme poder de cambiar las dinámicas de la cadena de mercado que a veces parece venirse sobre nosotros. Juntos y cada uno desde su lugar, tenemos la capacidad de influir de forma decisiva sobre qué y cómo se produce, cómo son industrializados esos productos que elegimos, dónde y cómo se comercializan y a qué precio.

Apoyar y ayudar a instalar un modelo alternativo al inviable modelo actual, significa elegir la producción familiar de zonas cercanas a nuestra ciudad, que nos garantice el abastecimiento de productos frescos a través de cadenas cortas de comercialización. Esta idea, además de solidaria, es también una opción inteligente y conveniente, porque evitamos la apropiación de ganancias y el aumento de precios provocado por los numerosos intermediarios que participan en la actual cadena. Elección que significa a la vez una opción de justicia, en tanto que el precio que pagamos es el necesario para garantiza la sustentabilidad de los agricultores y sus familias, permitiendo el arraigo rural, el trabajo digno, la consolidación de vínculos solidarios, el mantenimiento de saberes y la conservación de variedades y especies nativas.

Optar por alternativas de producción agroecológica familiar significa cuidarnos entre todos; no sólo a los pequeños productores, sino también a nosotros mismos y a nuestras familias: significa seleccionar alimentos de calidad, producidos sin agrotóxicos y cuidando el ambiente, que a la vez protegen nuestra salud. Esta elección es parte de una mirada a largo plazo porque evita la utilización excesiva de combustibles para la maquinaria y el transporte, y se opone a la consolidación de un modelo que tiende a incrementar la producción sin importar el costo ambiental ni social.

Elegir productos de la economía social y solidaria es sinónimo de vincularse con otros más allá de la mera relación comercial, saber cómo la cooperativa elabora nuestro pan, o como la fábrica recuperada prepara nuestros fideos, conocer al artesano que cocino el dulce que hoy comen nuestros hijos, o al productor que sembró los ricos tomates que adornan nuestra ensalada. Estas elecciones significan apostar por una mesa con más colores, olores, nuevas formas y contenidos; el consumo responsable promueve la solidaridad, el trabajo digno, la justicia, la cooperación, la reciprocidad, la ayuda mutua y el cuidado del ambiente.

Porque no todo está a la venta. Porque hay nombres y apellidos con historias detrás de cada producto. Porque somos parte de esa historia. Porque se puede dejar de ser sólo

consumidores para transformarnos en ciudadanos políticamente responsables. La propuesta no es la de ser mejores consumidores, la idea es convertirnos en mejores personas.

Las “ferias del productor al consumidor”, una valiosa alternativa

Desde la Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria de la Facultad de Agronomía de Buenos Aires, trabajando junto a compañeros de otras instituciones y al excelente grupo de feriantes, hemos logrado consolidar un espacio de intercambio donde productores familiares, cooperativas, organizaciones sociales, fábricas recuperadas y cualquier otro emprendimiento de la economía social pueden mostrar su trabajo y vincularse con los vecinos.

La idea es poder acercar a los habitantes de la ciudad, a través de las ferias, un mundo que muchas veces les es lejano o invisible, donde no sólo se venden productos de “la otra economía”. Las ferias son espacios donde sabores, olores, colores, músicas, canto, bailes y charlas se entrelazan, se mezclan. Los trabajadores, los productores, los artesanos y los vecinos se apropian del espacio público. Se venden proyectos, se venden ilusiones, en puestos de hierro, en tablas de madera, recién cosechadas, adentro de frascos, cocidas con hilo, talladas a mano, envueltas en papel, recicladas, sin conservantes, de cuero, de lana, de yeso, de pan. Y lo mejor, puedes agrandar tu combo con historias y sonrisas, con apretones de mano o, simplemente dando las gracias.

Cada vez son más las experiencias de este tipo, que tienen un profundo compromiso social, y a la vez son sustentables en el tiempo tanto para los productores y feriantes, como para los consumidores. Es momento de sumarse para lograr replicar este espacio de intercambio y solidaridad dentro de nuestra comunidad, trabajar juntos docentes, estudiantes, productores y vecinos.

Esta nota fue publicada (con algunas modificaciones) en el periódico mensual “El Adán de Buenos Ayres” - Abril de 2014 - n° 132 - pág. 16 y 17.